

UN CONCERTO



## UN CONFLICTO.

**N**O le faltaba á nuestra inmunda capital más que el melindre para acabar de parecerse á ciertas mujeres que se preocupan exclusivamente de su tocado sin cuidarse para nada de todo lo demás. Dice el *Correo de las Doce* que el ayuntamiento se encuentra en un *verdadero conflicto*. Pero esto no es nuevo; porque así está desde que nació y así estará mientras no cambie la organización municipal. El

conflicto es el estado normal de un ayuntamiento que lucha con obstáculos insuperables para cumplir con su cometido. Pero lo que nos ha hecho comprender que el conflicto nuevo debe ser el colmo de los conflictos es que los señores regidores desean oír la opinión de la prensa para ilustrarse.

Gordo debe ser el conflicto de los ediles; probablemente se trata de que la epidemia que nos ha estado amenazando se ha declarado hacia el oriente de la ciudad; ó de que el azolve del canal de desagüe ha llegado á su colmo; ó de que no tiene donde alojar á los infelices que duermen en el portal de la Diputación.

Pues no es nada de eso. No es ni la epidemia, ni las atargeas, ni las canales, ni siquiera el cólera. El gran conflicto consiste, no lo van ustedes á creer, consiste en que le parecen muy feos los postes del teléfono.

Efectivamente no son bonitos. Pero al ayuntamiento le ha entrado una aflicción grande como la que les entra á las pollas

cuando se les descompone *el fleco*. Al ayuntamiento le ha entrado la presunción, y está apurado, muy apurado; al grado de llamar al médico, quiere decir, al grado de querer oír la opinión de la prensa.

Dice el mismo *Correo de las Doce* que algunos señores regidores han pensado muy seriamente en esta cuestión. Esto hace mucho honor á los señores regidores, como á todo el que, tratándose de un conflicto, se pone á pensar seriamente.

Figúrense ustedes que los señores regidores tienen un deseo; un deseo bueno, un deseo casi paternal respecto á la hermosa ciudad de los palacios: el deseo de quitar esos postes tan grandes y tan coloradotes, con tantos travesaños y tantos alambres que casi forman un enredijo por los aires donde se atorán los *papelotes*. Es cierto que esos adefesios son los adefesios de la civilización, los adefesios de Nueva York, de París, de Viena y de Londres, en donde, como es de suponer, existen centuplicados al compararlos con los nuestros; pero allá

se las avengan los extranjeros con sus rarezas y sus gustos; y cada cual hará de su capa un sayo, y si los tienen y los consienten es porque les gusta; y vaya usted á impedir que un americano ó un inglés tenga hasta vanidad en ostentar en todas las calles esos árboles que transmiten de un extremo á otro, no sólo el pensamiento, sino la palabra, no sólo la palabra, sino la voz humana y hasta la música. Vaya usted á impedir que el extranjero, acostumbrado á ver esas series de arboladuras que forman el camino triunfal de dos de las más grandes conquistas del siglo, se sorprenda agradablemente al contemplarlos en México, y no se reconcilie con nuestra cultura, y abjure de las consejas que le imbuyeron en su tierra respecto á nuestro atraso, y no se fije en las atargeas por contemplar los postes. Vaya usted á impedir todo eso; imposible. Pero, le repetimos, esas son cosas de los extranjeros, que están acostumbrados á ese espectáculo, que existe aún antes del teléfono, por que los mismos postes exac-

tamente, y con doble número de alambres han existido y existen hace algunos años en las grandes capitales para el servicio telegráfico.

El ayuntamiento de Nueva York que gasta al año lo que gasta la nación mexicana, y que es un ayuntamiento lujoso, que mantiene muchos leones y muchas focas y muchos pájaros y animales de toda especie para entretenimiento y solaz del público, se sintió (¡miren ustedes qué coincidencia!) se sintió acometido exactamente de la misma presunción que está afligiendo á nuestros regidores en estos momentos, y se propuso quitar los postes del telégrafo sustituyéndolos con caños de fierro subterráneos que contuvieron un haz de alambres conductores, aislados entre sí; y después de largos estudios científicos, de un gasto enorme y de contar con un terreno enteramente seco aún á siete metros de profundidad, no ha podido llevar á cabo esa obra.

Ya ven ustedes si le sobra razón á nuestro ayuntamiento para estar apurado, ahora

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1908. 1685 MONTERREY, MEXICO

que se le ha metido entre ceja y ceja resolver precisamente el mismo problema que el riquísimo ayuntamiento de Nueva York no ha podido resolver, por considerar ésa una cuestión de *supremo lujo*.

Pues precisamente por ser de supremo lujo, y por no haberla podido resolver aquel opulento municipio yankee, es por lo que nuestro ayuntamiento se empeña en resolverla, ya que á veces no le alcanzan los fondos ni para tapar un caño. El caso es ponerse á la altura de las primeras naciones del mundo, y discutir sus cuestiones, aunque nos falten doscientos años de mejoras para igualarlas.

Los postes del teléfono y el telégrafo son los mástiles de la civilización; el número de alambres que esos mástiles sostienen dá una buena idea del movimiento comercial de la población, y del número de personas civilizadas que conocen, utilizan y se aprovechan de ese admirable descubrimiento de la ciencia. Y no hay que objetar que los palos son feos, porque también son feos los

rieles y los durmientes, y son feas las chimeneas de las fábricas, y el humo y el ruido de las locomotivas, y los mástiles de los buques y otras muchas cosas puestas en uso por el adelanto y la mejora de los pueblos.

Por otra parte no tenemos derecho para hacer esos ascos á los palos del teléfono, porque más feo que ellos es el portal de la Diputación de noche, convertido en dormitorio al aire libre de una tribu semibárbara compuesta de hombres, mujeres, niños y perros. Más feos son los puestos de chía y los jacalones de la plaza, más feo es nuestro inmundo mercado, las fachadas de muchas casas, nuestros empedrados y nuestras atargeas, y más feo es todavía ese populacho harapiento y asqueroso que duerme siesta en la banqueta del lado Sur de Palacio, y más feo es también que se consientan mingitorios inmundos y pestilentes en la vía pública más frecuentada. Mucho más feo es todo ese conjunto de faltas de policía y de decoro público que los postes

consabidos, ornato, ó adefesio de todas las ciudades cultas del mundo.

Pero el conflicto del ayuntamiento es grave, según *El Correo de las Doce*, y de la *República*, que reproduce sus párrafos. Hé aquí el conflicto del ayuntamiento bajo su verdadero aspecto. Dice que por una parte desea quitar los postes, porque estorban y son tan de fea vista, obsequiando de esa manera la excitativa del señor gobernador y por otra no quiere perjudicar al comercio, quitándole esa mejora que le es tan útil. En esto tiene muchísima razón el ayuntamiento. Sería un crimen de lesa civilización destruir el teléfono por feo.

En esa disyuntiva que constituye el verdadero conflicto del ayuntamiento no cabe más que una resolución clara, fácil, precisa y perentoria. Dejar los postes.

Dice el periódico citado que varios señores regidores han pensado seriamente en esa cuestión, y no encuentran la manera de resolverla. Y con razón: yo creo que tampoco la encontrarán los otros señores regi-

dores que no han pensado seriamente en ello como sus colegas. Yo si la he encontrado y pronto. Dejar los postes.

Como el conflicto, para serlo, tiene que ser largo, siguen discurriendo los señores regidores que han pensado seriamente, que los alambres no se pueden colocar subterráneos. Ya se ve que no se puede, sobre todo cuando nuestros pavimentos requieren no que se les metan alambres, sino que se les saque lodo. Luego si los alambres no se pueden poner subterráneos que no se pongan. Quiero decir que se dejen los postes.

Tampoco se pueden poner piés de gallo en las casas por no atacar la propiedad. Pues que no se pongan piés de gallo; ó lo que es lo mismo que se queden los postes. Ni se pueden poner en las azoteas por la misma razón. Pues que no se pongan en las azoteas, lo cual equivale á que se queden los postes.

Pero como ninguna de las anteriores premisas trajo la consecuencia de que no pueden suprimirse los postes, se llegó á pensar

en obligar á la empresa á sustituir los postes de madera con postes de fierro ¡pobre empresa! ¿Y por qué piensan ustedes que no se aceptó esa idea? *Porque tendrían que ser muy delgados y harían por consiguiente el efecto de pararrayos. (!!!)*

Bien se conoce que ya la materia estaba agotada cuando se llegó á la idea del fierro, porque si los señores regidores que piensan seriamente, hubieran seguido discuriendo, quién sabe donde vamos á parar.

Pero tanto el *Correo de las Doce* como la *República* ofrecen ocuparse del asunto. Suponemos que será con objeto de seguir proponiendo sustituciones.

El ayuntamiento podía haberse evitado los malos ratos que le está ocasionando el *verdadero conflicto* en que se encuentra, si se le hubiera ocurrido que no es México la primera ciudad en el mundo donde se ha establecido el teléfono, y en tal caso se hubiera reducido á preguntar á cualquiera persona de las muchas que han viajado por Europa y los Estados Unidos, cómo está

establecido el teléfono y el telégrafo en las primeras ciudades del mundo, y esa persona interpelada hubiera contestado en el acto:

—Exactamente lo mismo que en México.

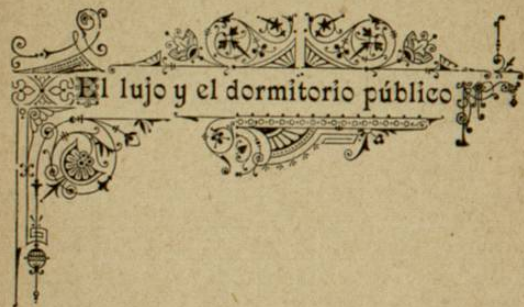
—¿No hay otro sistema?

—No.

—Entonces, qué haremos?

—No perder el tiempo en cuestiones inútiles. Pensar en cosas de más provecho y dejar los postes.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, NUEVO LEÓN





#### EL LUJO Y EL DORMITORIO PÚBLICO

**D**IRECTOR: no se fíe usted de las apariencias, porque no todo lo que relumbra es oro. ¿Ve usted á aquel señor vestido de negro, de aire distinguido y maneras corteses? Su vestido es irreprochable, el paño es fino, el corte es elegante. Está bien calzado, lleva sombrero alto de seda y á la última moda y lleva camisa limpia, muy limpia. Será un banquero, un personaje de la política, un rico propieta-

rio? No se sabe. Déjelo usted pasar y no averigüe donde vive, porque verá usted que este señor tan limpio y tan reluciente entra de noche en una casa de vecindad de las del rumbo Oriente de la ciudad, de paredes ensalitradas y ruinosas, medio alumbradas por una lámpara que despide un hilo de humo negro y una llama rojiza que abate por intervalos una ráfaga de viento para arrojar ondonadas de sombra á un patio empedrado y lleno de charcos inmundos. Sube el señor, con la seguridad adquirida por la costumbre, una escalera carcomida, de escalones desiguales y rotos; ladran tres perros, y una criada andrajosa le abre un portón apolillado que se arrastra penosamente sobre los ladrillos, medio sostenido por sus goznes mohosos. Entra el señor á un cuarto blanqueado con cal, en donde hay una percha, un catre y una mesa con libros y papeles. El señor se despoja de su levita negra, cepilla su sombrero y cuelga ambas prendas con un esmero casi cariñoso; toma una cena exígua, servida en cazueli-

tas de barro, toma un vaso de pulque, fuma un cigarro del *Borrego* y se acuesta. Al día siguiente sale con su levita negra á hacerle creer al mundo, aunque sin pretenderlo, que en México hay mucha gente acomodada y mucho bienestar social.

Pues y esa señorita que lleva un vestido de dos azules lleno de pliegues y de complicaciones, ceñido á la cintura y ceñido á la cadera, desde donde empieza á encrespase el género como en el mar las ondas, que se vuelve á estrechar á media vara del suelo para que los pasos de la propietaria den á todas aquellas ondas azules un movimiento de danza habanera, en el que á cada dos compases se asomen entre las ondas azules de ese mar de raso y otra cosa las blancas suelas de un par de botitas abronzadas á la *parisien*, capaces de resucitar á un pollo frito. Lleva un sombrero á la *Ninón* de Lenclos ó á la mosquetero con sendas plumas y una sombrilla á la cocota de chillantes colores. Déjela usted pasar, lector, y no sepa que vive en la misma casa

de vecindad del señor reluciente y que tiene cinco chiquitos devorados por la clorosis y un marido devorado por los agiotistas. No averigüe usted más, porque sabrá que esta princesa rusa cena chile con queso, porque no hay para más, ni vaya usted á cometer la indiscreción de abrir su ropero, ni de revisar sus medias y su ropa blanca, ni estudie usted el menaje, compuesto de sillas pintadas y palos viejos, ni vea usted el servicio de mesa, donde no alcanzan los cubiertos para todos y que los manteles se cambian cada mes. No estudie usted nada de eso ni vea lo que come ni donde duerme. Déjela usted pasar, y no analice, porque es una de las figurantas de la opulencia á quien solo se puede ver á telón corrido, con exclusión de toda intimidad y de todo análisis.

Y no me tache usted de cruel, querido lector, ni crea que me ensaño, ni aún siquiera critico á tales gentes; pero me duele contemplar el doloroso y trascendental tributo que nuestra clase media paga al deseo de bien parecer, á costa, acaso, de la nutri-

ción y la felicidad de la prole y duéleme la suerte de la futura generación que deja los elementos de su fuerza muscular y de la salud de sus cuerpos entre las puntadas de los vestidos de raso con que las mamás se disfrazan de ricas para obedecer á una de las exigencias más trascendentalmente ruinosas de las preocupaciones sociales.

El lujo hace su invasión como una fiebre esporádica de las grandes ciudades, y tiene dos maneras de obrar, porque ataca dos clases de grupos sociales. Ataca de preferencia, y como criado para él, al grupo opulento: allí está en su elemento y realiza la evolución del dinero por medio del comercio de ultramar, y realiza la prosperidad de la industria por medio del consumo de mercados distantes, y realiza el cambio de productos por medio de nuestras exportaciones de plata, y realiza la homogeneidad de las clases cultas del mundo por medio del figurín y del patrón, y si realiza la ruína de una ó más familias, cabe esa ruína en el cuadro sintomatológico

del lujo, y nada se pierde porque el lugar de las familias de los condes, lo ocupen las familias de los fabricantes de telas y las de los importadores.

Pero ataca en seguida, con movimiento reflejo, al segundo grupo, al de la clase media, y allí es donde el cuadro sintomatológico de la enfermedad presenta complicaciones que alteran y descomponen el organismo por medio de accidentes terciarios y absorciones purulentas hasta la ruína del paciente.

La clase media no acepta jamás su posición, porque le falta filosofía y le sobra vanidad, y emprende una lucha imposible, en la que lleva todas las probabilidades de ser vencida, y en vez de concretar su temor á no descender á la clase ínfima y mantenerse en equilibrio prudente, aspira á nivelarse con la clase opulenta. Cada cual se cree en el deber de parecer rico, y casi no importa tanto serlo como aparecerlo. No importa ser más virtuoso que la opulenta cortesana, lo que importa es alternar con ella y com-

petir con ella, vestirse como ella é ir donde ella vá. De aquí resulta el desnivel constante de los gastos que cubren el renglón del lujo, de preferencia á los de la nutrición, la salud y las comodidades domésticas, y de este desnivel la necesidad de recurrir al funesto arbitrio de la usura, y de este funesto arbitrio la ruína y la destrucción de las familias.

Y es tanto más trascendental esta infección del lujo cuanto que esta manera de ser de las personas marca el caracter de nuestras corporaciones, y qué mucho que así sea cuando el criterio personal es ineludible en la computación de votos.

De manera, lector, que si es usted gacettillero, ó tiene amigos en ultramar; escriba usted que es esta la ciudad de los palacios alumbrada con luz eléctrica; que nuestro fastuoso ayuntamiento nos ha proporcionado entre otros primores, un jardín en la plaza principal con fuentes, estátuas y música; que recibe á las indias vendedoras de flores en un kiosko de fierro y cristales

traído de París y que no contento con hacer gasto tan enorme; lo anda poniendo y quitando en la referida plaza de aquí para allá y haciéndolo unas veces cuadrado y otras redondo.

Pero no refiera usted á su corresponsal lo que vea de las nueve de la noche en adelante en el más céntrico de esos palacios de que se compone México, en el palacio municipal, porque eso es solo para contarlo entre usted y yo.

Se acuerda usted del ruido que hizo el filantrópico proyecto de un dormitorio público? ¿recuerda usted que hasta había quien lo costeara? ¿recuerda usted que nombraron una comisión como de ciento cincuenta personas y que para arbitrar recursos para esa obra colosal pusieron á prueba la filantropía de los cirqueros Orrín y otras notabilidades de cuerda y de viento? ¿y sabe usted en qué quedó todo eso? Pues quedó en que á eso de las nueve de la noche van llegando, no sé de donde, una porción de desheredados de la suerte, quienes con

todo el *sans façon* con que usted se acuesta en su colchón se apoderan del pavimento del susodicho portal y se echan á dormir como unos bienaventurados; unos provistos de frazadas, y otros en paños menores, resuelven los problemas de la alcoba y de la seguridad individual acostándose sobre su sombrero para que no se lo roben; otros, menos desgraciados, vienen provistos no solo de frazadas sinó de mujer para instalar entre filas y con contacto de codos de los adláteres el lecho conyugal.

A eso de las once aquella costra humana está compacta, no sólo al pié del muro, sinó al pié de los pilares, ostentando una fila de piés y piernas al aire libre, mientras todas las cabezas se arrebuja y se ocultan, como las de toda manada que duerme; allí duermen las esposas, y probablemente las que no lo son, á merced del calor animal que le prestan por la proximidad sus vecinos desconocidos.

En esta promiscuidad que no se les permite ni aún al ganado, duermen esos des-

dichados á la faz de todo el mundo y en su miserable condición, son todavía objeto de la sorpresa y curiosidad de las familias que se retiran de los teatros y de las visitas, de los extranjeros que vienen á dar fé de nuestra cultura para escribir libros sobre México, lo cual está de moda.

Hé aquí la ciudad de los palacios que, á semejanza de la conocida esa nuestra del vestido de dos azules y del señor elegante que hemos descrito, inoculada por la fiebre del lujo, que ostenta jardines, banquetas de mármol y luz eléctrica, para ostentar por otra parte sus miserias, que, sobre ser indecorosas y ajenas del centro elegante de la población son también contrarias al pudor y á la moralidad.

Todos sabemos que la ciudad no tiene más que un miserable millón de pesos; pero con el valor del gas que se quema inútilmente en la plaza, hay lo suficiente para pagar el arrendamiento de una galera con dos lámparas de petróleo y un gendarme, y he aquí instituido el dormitorio público,

sin la intervención generosa de los cirque-ros, sin jamaicas ni zarzuelas improductivas, sinó pura y simplemente como un gasto de policía que demandan urgentemente la moral, la filantropía y el decoro público.

Menos malo sería que esas gentes se guarecieran de noche bajo el toldo circular del dispendioso mercado de flores, que por su forma se presta á ser vijilado por un solo velador, colocado en el centro; así al menos se evitaría poner á esos desgraciados á la vergüenza y se quitaría del tránsito público ese espectáculo indigno de la ciudad de los palacios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FUNDADA EN 1857

